

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Cómo hacer guerra a la guerra

Autor/es:
Savater, Fernando

Citar como:
Savater, F. (1991). Cómo hacer guerra a la guerra. Nosferatu. Revista de cine.
(7):86-89.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/40789>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com

S. T.- ¿La sentencia obliga a decir las previsiones pesimistas?

G. M. F.- En cierto modo, sí. Es una sentencia satisfactoria para lo que ha pretendido juzgar, que nunca fue la responsabilidad del Estado. Este tema había quedado ya cercenado del proceso antes de iniciarse el juicio. El presidente del tribunal ya lo dijo: "no vamos a juzgar lo que hay detrás del G. A. L., sino lo que hay delante". Con esta limitación, el fallo de la sentencia es satisfactoria.

S. T.- ¿No se habrá pretendido evitar el gran escándalo de un condena leve para Amedo y Domínguez?

G. M. F.- Yo creo que el temor a los escándalos es cada vez más relativo. Pienso que la posibilidad de absolver a los dos acusados, o mejor, de imponerles una condena leve, ha sido manejada por los componentes del Tribunal, a los que no me extrañaría que se haya querido presionar. Las nuevas estadísticas publicadas por algunos medios, dos semanas antes de la sentencia, sobre la comprensión de un amplio sector de la opinión pública hacia Amedo y Domínguez, ya era una forma de presión que flotaba en el ambiente. Por todo ello, la condena impuesta denota una cierta independencia de criterios. En el texto de la sentencia hay una expresa invocación de lo jurídico, frente a las vías de hecho, que nos consuela un poco.

S. T.- ¿La sentencia no supone un cerrojo a la investigación sobre los G. A. L.?

G. M. F.- Este cerrojo, dentro del proceso contra Amedo, tenía ya seis llaves echadas antes de empezar el juicio, y la sentencia ha echado la séptima. Pero el tema sigue abierto en la calle y ahora más que antes. No hay que olvidar que los responsables del Ministerio del Interior y el propio Presidente del Gobierno se han llenado la boca de elogios para Amedo. Ahora resulta que este señor ha sido declarado asesino múltiple. ¿La solidaridad de sus superiores era consciente de esta faceta de su personalidad o no lo era? Tanto en un caso como en otro, su responsabilidad política es ineludible. Además, un importante sector de opinión -el mismo que expresaba su comprensión hacia Amedo- se va a indignar con el gobierno, al que va a acusar de esconderse y de hacer pagar todas las culpas a los dos funcionarios de policía. En este sentido creo que la sentencia va a servir para replantear la polémica sobre la razón de Estado, tanto entre sus críticos como entre sus defensores.

¿Cuál es la valoración por parte de la acción popular de la sentencia?

La Acción Popular necesariamente debe mostrarse muy crítica con la sentencia recaída en el caso de los G. A. L., finalmente reducido a "caso Amedo y Domínguez", puesto que la misma pone en entredicho el Estado de Derecho, la independencia del Poder Judicial y deja en una calculada ambigüedad y oscuridad la trama de los G. A. L.

El único dato positivo de la sentencia es la condena de los procesados por seis delitos de asesinato frustrado, lo que, además de su fuerte carácter simbólico, demuestra lo fundado de nuestras acusaciones y despeja toda duda para aquellos que sepan ir un poco más allá de la sentencia.

La sentencia consagra la peregrina tesis de que, como la acción de los procesados se dirigía a *defender la estabilidad del sistema*, no existe grupo terrorista, con lo que viene a consagrar la impunidad del terrorismo de Estado, no solamente en este caso concreto, sino en el plano teórico y con carácter genérico.

No puede satisfacer a ningún ciudadano el triunfo de las tesis oficialistas, que presentaban a los dos procesados como dos simples particulares que actuaban a título absolutamente individual y sin relación alguna con los aparatos del Estado.

La sentencia, fiel reflejo del informe formalmente dubitativo del Ministerio Fiscal, da *una de cal y varias de arena*, y con ello busca acallar el escándalo ante la opinión pública, intentando sorprender a los menos avisados con una fuerte condena a los procesados, y tratando de desvincular totalmente su actuación de los aparatos del Estado.

La sentencia es el lógico broche de la resignación de la Sala ante la negativa por parte del Ejecutivo a la investigación sobre Fondos Reservados y ante la actitud obstructiva e impune de diversos testigos a lo largo del juicio.

Esta valoración es asumida tanto por el abogado Fernando Salas como por José Luis Galán Martín, miembro de la acción popular.

Cómo hacer guerra a la guerra

Fernando SAVATER

Advierta usted, caballero, que lo que resulta difícil de concebir no es la posibilidad de la guerra sino la facilidad de la guerra".

(J. de Maistre, "Las veladas de San Petersburgo")

La culpa, por lo que cuentan, es del nitrógeno. No me refiero a su utilización en la fabricación de bombas, sino a su participación imprescindible en el fenómeno de la vida. Las plantas han patentado su propio sistema para fijar el nitrógeno en las células merced a trucos muy ingeniosos y sin molestar a nadie. Pero los animales, para ganar tiempo y no darle más vueltas al asunto, han resuelto el problema comiéndose las plantas y asimilando de este modo el nitrógeno ya manufacturado. Me refiero a los animales herbívoros, porque otros bichos aún acortan más camino: devoran a los herbívoros y así obtienen nitrógeno celular sin hacer concesiones a la ensalada. De los seres humanos, para qué hablar. Comemos plantas, animales herbívoros y también carnívoros: todo vale. Si algún ser en el mundo ha hecho divisa del *todo vale*, somos nosotros. Y así desde el principio, porque a ser capaces de sacar las más extremas consecuencias del *todo vale* es a lo que en primer término puede llamarse *razón* y la razón es lo que diferencia al hombre de las bestias. De modo que el *todo vale* es la esencia misma de la condición humana. Olvidaba mencionar que dentro del *todo vale* se incluye también comerse los seres humanos unos a otros, o sea que cuando digo *todo vale* quiero decir *todo*. En resumen, el hombre es el depredador total, la fiera más completa de las conocidas. La culpa original de esta feroz condición, si es que nos empeñamos en hablar de *culpas* (lo cual un buen naturalista se cuidará mucho de hacer), la tiene -ya digo- el nitrógeno: ¿no se podía haber fijado en las células él solito, sin tantos melindres ni complicaciones?

Gracias al *todo vale* estamos donde estamos, ocupando desde hace algunos milenios el número uno del *hit-parade* zoológico de este planeta. Poco

a poco, hemos ido refinando el *todo vale*, poniéndolo al día. Para concentrar fuerzas hemos decidido hace tiempo que más vale en ocasiones establecer que no todo vale: aprender a limitar el *todo vale* ha resultado la mejor forma de sacar provecho de él. La antropofagia está en desuso, por ejemplo, y también ciertos tipos desordenados de matanza. Gente más olvidadiza que bondadosa se atreve a decir hoy que el canibalismo o el exterminio de adversarios es cosa *inhumana*, como si la humanidad no se hubiese afirmado durante siglos y siglos por tales medios. Otros, aún más hipócritas, aseguran con voz conmovida que la guerra es una costumbre *prehistórica*, como si la historia humana no fuese sobre todo la historia de las guerras humanas (o como si nuestros antepasados prehistóricos hubiesen sido más guerreros que César o Napoleón). Por lo visto han decidido, como Marx, que la historia empezará cuando ellos decidan y ni un minuto antes. Recuerdan estas actitudes a las de los amantes que, tras haberlo repetido mil veces, vuelven a decir a su nueva presa erótica: "*Hasta hoy yo no sabía lo que significaba amar*".... Es *ahora* cuando suponemos que una historia *verdaderamente* humana debería prescindir de ciertos comportamientos (antropofagia, quema de herejes, tortura, guerra...) que hasta hace nada se consideraban virtuosos y recomendables. Tengamos claro, por honradez, que sin esas prácticas que en el presente nos desagradan la especie humana no sería lo que hoy es; aún más, probablemente ni siquiera *sería* en absoluto. Lo cual algunos se empeñan en considerar un mal...

Centrémonos en la cuestión de la guerra. Siempre se la ha tenido justamente como una ocasión gloriosa y magnífica, pero también como una tragedia y una fuente de dolor. Los poetas la han cantado y la han deplorado; los religiosos la han considerado un castigo de Dios y también una obligación para probar nuestra devoción a Dios (que suele ser, no lo olvidemos, Señor de los Ejércitos); los gobernantes a menudo se declaran partidarios de la paz pero pasan a la historia por las guerras ganadas mucho más que por las que evitaron, etc... En cuanto a los comerciantes, también su actitud es ambigua, porque la guerra representa la ruina y el fin del comercio normal, pero también una extraordinaria ocasión de rápidos y masivos enriquecimientos. Todas estas aparentes paradojas tienen una explicación bastante sencilla. La guerra es cosa *buena*

cuando se la mira desde el punto de vista colectivo: sirve para afirmar y potenciar los grupos humanos, para disciplinarlos, para renovar sus élites, para fomentar los sentimientos de pertenencia incondicional de sus miembros, para aumentar su extensión o influencia colectiva, para reforzar en todos los campos la importancia de lo público. La guerra es *mala* desde el punto de vista del individuo normalito, porque pone en peligro su vida, le carga de esfuerzos y dolores, le separa de sus seres queridos o se los mata, le impide ocuparse de sus pequeños negocios y no siempre le brinda otros mejores, le obliga a entregarse en cuerpo y alma a la colectividad. Desde la perspectiva individual corriente, la única ventaja -nada desdeñable, desde luego- que tiene la guerra es que acaba con el aburrimiento y la rutina de lo cotidiano. ¡En la guerra por fin *pasan cosas*! El poeta John Donne señaló que nadie duerme en el carro que le lleva al patíbulo; del mismo modo podríamos asegurar que en tiempo de guerra hay menos ocasiones de bostezar (supongo que por eso durante los conflictos bélicos disminuyen sustancialmente los suicidios, en cuya motivación ocupa lugar destacado el pertinaz hastío).

A medida que las sociedades se han ido haciendo más individualistas y sus miembros más egoístas (más centrados en el disfrute de sus posesiones y placeres cotidianos, antes al alcance sólo de unos pocos y ahora cada vez más extendidos a costo razonable) la guerra ha ido perdiendo mucho de su tradicional encanto. Algunos rezagados siguen mostrando entusiasmo por las noticias de la guerra lejanas, por la *idea* genérica de la guerra, pero en cuanto la bomba cae cerca o le ponen el casco a su hijo pierden todo su patriótico gas. La gente no quiere que la metan en líos: no es que le guste la paz pero quiere que la dejen en paz. Sólo en países atrasados, pobres, poco informados, colectivistas por religión o ideología, se sigue conservando cierto ardor bélico. En los más desarrollados, desde que la clase obrera consolidó algunas conquistas ya no hay ganas ni de revoluciones o guerras civiles, que antes tanto entretenían a los menesterosos. Fuera de los traficantes de armas, algunos grandes financieros de ramas industriales muy especializadas y los militares de vocación (o los que sin serlo tienen vocación militar, que son los peores) el belicismo no cuenta con el sincero apoyo popular que antes nunca le faltó. Sólo el *nacionalismo* extremo, la forma de colectivización mental más compatible con el indivi-

dualismo moderno (los nacionalistas son individualistas vergonzantes, individualistas *en grupo*), sigue bombeando adrenalina a descerebrados capaces aún de matar o morir contentos a estas alturas del curso.

Pero, si la guerra mayoritariamente ya no gusta, ¿cómo *impedirla*? Pues se trata precisamente de eso, de impedir-la y no lamentarse o de vociferar contra ella. Durante varias décadas el llamado *equilibrio del terror* entre los dos grandes imperios nucleares del reparto mundial mantuvo algo parecido no a la paz sino a la *congelación* de la guerra. El precio a pagar fue muy alto: una embrutecedora amenaza perpetua de destrucción total de la vida sobre el planeta y gastos fabulosos en el armamento más tecnológicamente sofisticado del mundo. Por lo demás, este *equilibrio* entre desequilibrados no impidió numerosas guerritas menores pero feroces como la de Vietnam, invasiones como la de Checoslovaquia por la URSS en 1968, golpes militares de la peor escuela represiva (Chile), etc. Los países llamados *neutrales* vendían su neutralidad al mejor postor, los alineados obedecían con lógica sumisión a su patrono atómico y la amenaza de que armas nucleares fuesen a parar a manos de terceros, cuartos o quintos en permanente discordia no disminuyó en ningún momento. Ha sido una época de guerras controladas, con su intensidad más o menos regulada por los intereses y los errores de cálculo de las dos superpotencias. Hoy, este equilibrio terrorífico se ha roto a causa del síncope del sistema llamado comunista en la URSS: en lugar de la *lucha final* llegó afortunadamente la *podredumbre final*. Ello no significa que la amenaza de destrucción masiva por armas nucleares haya desaparecido del todo, porque el mundo está desdichadamente lleno aún de silos atómicos y el espectáculo de una decena de repúblicas soviéticas provistas de ellos forcejeando sus querellas internas entre sí no es nada tranquilizador. Pero con todo las cosas han cambiado radicalmente y ahora vuelven a ser posibles conflictos *calientes* con el consenso de los antiguos rivales, como ha demostrado el choque bélico del Golfo Pérsico. La actual actitud contra la guerra debe tomar en cuenta las presentes circunstancias o resignarse a la gesticulación autocomplaciente.

Grosso modo, pueden distinguirse dos tipos de adversarios de la guerra, es decir, de partidarios de lograr que los grupos humanos renuncien a dirimir sus conflictos recurriendo al enfrentamiento armado. Me refiero a los dos

grupos de personas que cubren a este respecto los mínimos exigibles de decencia política e intelectual, por lo que dejo de lado a los que sólo son *antibelicistas* en lo que toca a los ejércitos de sus adversarios pero consideran justificados y aún heroicos los propios. Estos bribones, que por cierto no faltan en Euskadi, no buscan la paz sino *ventaja* en la guerra. Sin embargo, sería injusto que su desprestigio recayese sobre todos los movimientos antibelicistas existentes, entre los que se cuenta mucho de lo más válido y prometedor del progresismo político actual.

El *primero* de estos dos tipos de antibelicistas es el de los *pacifistas*, en el sentido más radical y auténtico del término. Para ellos, nunca es justificable la guerra pues siempre deriva de la codicia y del orgullo humano. La resistencia violenta y armada al mal es también una forma de mal, aunque pueda tener mejor disculpa que la disposición agresiva y conquistadora. En resumen, ningún valor social o político justifica quitar la vida al prójimo, por indeseable y amenazador que éste pueda resultar. Esta respetable actitud no es política, claro está, sino *religiosa*, aunque sus representantes no se reclamen de ninguna iglesia organizada. Se trata de una postura difícil de mantener con coherencia porque implica toda una concepción de la sociedad como comunidad en el sentido antiguo del término, fraterna y sin otra coacción lícita del desorden que la reprobación de los justos. Por eso los primeros cristianos, que durante cierto lapso de tiempo (bastante breve, por cierto) fueron pacifistas en este sentido, no sólo se negaban a tomar las armas para defender al Imperio sino que tampoco pleiteaban para defender su derecho, no reclamaban la protección de los alguaciles de la época, ni prestaban el dinero con intereses o lo invertían en negocios. Rechazaban todas las instituciones públicas que tienen un fundamento remoto en la violencia legal contra los transgresores, es decir: rechazaban *todas* las instituciones públicas, aunque en un momento dado les fuesen beneficiosas. Pero en cuanto se renuncia a llevar la convicción pacifista hasta este extremo y se intentan componendas seculares con el orden estatal vigente, los resultados son tan ambiguos y hasta oportunistas como cualquier encíclica papal. Este pacifismo puede convertirse en un modo como tantos otros de *expresión vital*: ayuda a quien lo practica a sentirse mejor que el mundo que le rodea (en el mismo sentido que el fiscal suele sentirse mejor que el acusado) pero en escasa o nula

medida ayuda a mejorar el mundo mismo.

El *segundo* modelo es el que yo llamo *antimilitarista*. No se trata de una actitud religiosa sino estrictamente *política*. No considera la violencia armada como el mal absoluto sino como un mal indudable, muy grave pero no el único ni -en ocasiones- el peor de todos. Considera que la institucionalización militar de la violencia es una amenaza para el desarrollo de las mejores posibilidades políticas de la modernidad; la universalización de las libertades individuales, el respeto a los derechos humanos, el fomento de la democracia y la educación, la potenciación de la invención social por encima de la adhesión incondicional a los símbolos jerárquicos o patrióticos, la ayuda económica a los países en los que el hambre, la enfermedad o el atraso son endémicos, etc. Por encima de todo, el antimilitarismo parte del principio siguiente: *ninguna institución política (como la guerra o el ejército) puede ser eficazmente abolida si no se la sustituye por otra institución más fuerte y en la práctica más satisfactoria*. La violencia entre las familias, tribus e individuos fue políticamente atajada por medio de la institucionalización del estado, monopolizador de la violencia dentro de su territorio. Pero los estados permanecen entre sí en la misma situación de enfrentamiento sin restricciones en la que vivieron tribus y familias antes de someterse a la autoridad estatal. Por tanto, sólo la institucionalización de una autoridad supranacional capaz de hacer renunciar a los países al uso de la fuerza unos contra otros -por la amenaza de una fuerza mayor, sin duda puede garantizar el final de la era de las guerras que la humanidad ha vivido hasta hoy. Esta posibilidad, aún remota, parece hoy menos utópica que en épocas anteriores, por ejemplo que en la época del *equilibrio de terror*. Por ello, el antimilitarista favorece cuanto se diría que es capaz de acelerar el logro de tal solución:

- Sustitución del servicio militar obligatorio por ejércitos profesionales, reducidos, fundamentalmente defensivos, que acaben con la nefasta y belicosa concepción del ejército como *pueblo en armas, columna vertebral de la nación*, etc., y lo asemejen más bien a otros servicios de orden público como la policía o los bomberos.

- Apoyo a las autoridades internacionales tipo ONU y a cualquier otro organismo destinado a sustentar el derecho común de los individuos humanos por encima de las naciones. Estas organizaciones están hoy (y sin

duda también mañana, y pasado) llenas de defectos y no podrán cobrar plena vigencia hasta recibir el espaldarazo decidido de los grandes de nuestro mundo (por ejemplo, los EE. UU.), que sólo colaborarán en principio de acuerdo con lo que parezca dictado por intereses inmediatos. Por tanto, es inevitable que la autoridad supranacional se parezca durante mucho tiempo más a un imperio que a una asamblea de repúblicas, no digamos que a un parlamento mundial elegido directamente por todos los ciudadanos. Winston Churchill dijo que *"las naciones no tienen amigos, sólo intereses"*. El asunto es cómo articular un tipo de amistad interesada *general* entre las naciones.

- Fomento efectivo del control de armamentos y del tráfico de armas, acicates comerciales entre otros de la belicidad internacional.

- Desarrollo económico, político y educativo de los países, de acuerdo con los presupuestos de la modernidad revolucionaria inaugurada fundamentalmente a partir del siglo XVIII en Europa y América del Norte. En una palabra, universalización del procedimiento democrático e imposición sin distinguos de los derechos humanos, superando la barrera mítica e históricamente nefasta de la llamada *soberanía nacional*. Por lo tanto, el lógico respeto a la pluralidad cultural y a las formas de vida no debe extenderse a los fanatismos de signo religioso o nacionalista que conculquen abiertamente los presupuestos del individualismo democrático.

Como el antimilitarismo no es un milenarismo religioso, no supone que el triunfo de esta domesticación de la violencia intergrupal haga reinar sin más la felicidad en la tierra. Seguirá habiendo injusticias, mentiras, desastres y sin duda también crímenes. Exactamente ni más ni menos que en cualquiera de los mejores estados modernos hoy logrados. Pero la mentalidad liberal -es decir, antitotalitaria y antiolecionista- acepta la persistencia de esos males porque su *supresión* por decreto determinaría también la supresión de la libertad de las personas, que consiste en poder hacer el mal pero también el bien (o incluso cosas que hoy parecen el mal y mañana se pueden revelar muy buenas). Lo que se pretende evitar es la vertebración militar y agonística de las sociedades humanas tal como en el momento presente las conocemos. Mañana... ya veremos. Por lo demás, el que quiera presentar reclamaciones contra este asco de mundo que se dirija directamente al

nitrógeno o -¡nunca mejor dicho!- al maestro armero.

El rostro oculto del estado de derecho

Felice CASSON

(Intervención de Felice Casson, magistrado del Tribunal de Venecia, durante las jornadas organizadas por la Asociación contra la tortura en Madrid, junio de 1991).

Cuando la Asociación contra la tortura me propuso participar en estas jornadas y me comunicó el tema que hoy se plantea a debate, tuve en seguida la fuerte sensación de enfrentarme con un problema de amplísimo alcance y extrema dificultad, un problema que siempre se ha infiltrado en la historia de los pueblos. Es obvio que resulta prácticamente imposible afrontar aquí una problemática semejante, y creo que será más fácil, y espero que más útil e interesante, mencionar algunos casos procesales específicos que he vivido de cerca, y que dejan muy claro que, en nombre de una pretendida razón de Estado, a menudo miembros de las estructuras y de los aparatos del Estado no han vacilado en vulnerar los derechos de los ciudadanos para fines que un Estado democrático ni siquiera puede confesar.

Para situar en un plano más concreto, me refiero a toda una serie de procesos penales que se han desarrollado en Italia en relación con atentados de extrema derecha, y a sus conexiones con los aparatos del Estado, no sólo el italiano, sino en determinados casos también el español.

Me parece pues extremadamente significativo repasar, aunque sea en síntesis, el caso procesal del atentado de Peteano, uno de tantos de sello fascista que han ensangrentado Italia en los últimos veinte años.

El episodio se remonta a la noche del 31 de mayo de 1972, cuando al puesto de Carabineros de la jurisdic-

ción de Peteano llegó una llamada anónima, informando que en un solitario camino rural se encontraba abandonado un *extraño* FIAT 500, con huellas de balazos en el parabrisas. Ante el aviso anónimo, acudieron al lugar numerosos vehículos de los Carabineros. Cuando los primeros agentes trataban de abrir el capó del FIAT 500 para su necesaria comprobación, se produjo una explosión violentísima, que mató a los tres Carabineros presentes. En ese momento comenzó uno de los casos procesales más complejos y tormentosos de los últimos veinte años.

Las investigaciones se dirigieron en seguida hacia los ambientes de la izquierda extraparlamentaria, con múltiples intentos de involucrar, de diferente manera, a anarquistas, brigadistas rojos, y en particular al movimiento *Lotta Continua*.

Quienes inspiraron esa dirección fueron (y se supo quince años más tarde) oficiales de los Servicios secretos italianos y de los Carabineros, algunos estrechamente vinculados a la Logia masónica *Propaganda 2* (P 2) de Licio Gelli. Pero la presunta *pista roja* abortó al cabo de pocos meses, al carecer de todo fundamento. Por otra parte, desde el principio habían ido aflorando elementos indiciarios que aconsejaban emprender una investigación en los círculos neo-fascistas italianos. Esta pista, denominada después *pista negra*, fue rápidamente abandonada, y de nuevo por indicación de los oficiales de la P 2, las indagaciones se dirigieron contra seis pequeños delincuentes comunes de la zona, a los que denunciaron, detuvieron durante bastante tiempo, y presentaron a la opinión pública como auténticos monstruos. Esta fue la llamada *pista amarilla*.

Por suerte, en aquel lejano 1974 se formó un combativo colegio de abogados defensores, conscientes tanto de la importancia de su función como de que los detenidos eran ajenos al horrible atentado. En unos años en que también en Italia operaban poderes ocultos y fascistas, vinculados de manera no siempre encubierta a representantes oficiales del Estado, estos abogados defensores tuvieron el valor de denunciar la manipulación de los hechos que se estaba realizando de modo fraudulento. Sentaron en el banquillo de los acusados a magistrados instructores y juzgadores, así como a oficiales de los servicios secretos y del propio cuerpo de los carabineros, y tuvieron la enorme satisfacción de ver cómo, tras numerosos avatares, sus defendidos eran absueltos con todos

los pronunciamientos favorables por el Tribunal Supremo, el cual mientras tanto -y por motivos de fundada sospecha hacia la magistratura de la región de Trieste- había dispuesto que fuera la magistratura de Venecia la que se encargara de investigar el atentado de Peteano. La absolución de los delincuentes comunes fue acordada definitivamente sólo en 1979, y entonces comenzaron las investigaciones contra los verdaderos responsables de la masacre de Peteano. Años más tarde se comprobó que los responsables pertenecían a un movimiento nazi-fascista de Udine, y sólo hace tres años fueron condenados a cadena perpetua.

Al mismo tiempo proseguían las averiguaciones en relación con magistrados, oficiales de Carabineros, miembros de los servicios secretos y de la Policía, quienes, con diferentes pretextos, y en diversas ocasiones, intervinieron desviando la investigación, y encubriendo a los neo-fascistas responsables del atentado. Sobre este último punto ya se han producido algunas condenas y otros procesos siguen abiertos. Lástima que se hayan podido empezar estas indagaciones sólo muchos años después de los hechos, colocando en una situación enormemente difícil a quien tenía que encontrar elementos de prueba plena y contrastada.

En este contexto histórico y después procesal, conviene recordar otros dos aspectos del caso, por su significado y su repercusión internacional. El primer aspecto se refiere a las ayudas y protecciones que uno de los responsables del atentado de Peteano ha conseguido precisamente en España, tanto desde ambientes del Ministerio del Interior como desde ambientes de la Audiencia Nacional, en años no tan lejanos. Se trata de un capítulo importante, que toca los lazos y conexiones internacionales del terrorismo negro. El segundo aspecto, que me limitaré a enunciar por obvias razones de seguridad, se refiere al hecho que, en el ámbito y en relación con la masacre de Peteano, apareció por primera vez el nombre de la estructura secreta ya normalmente denominada "*Gladío*" o "*Stay Behind*".

Volviendo al significado, más que judicial, histórico y sociopolítico de un caso como el de Peteano, y a los numerosos intentos de desviarlo que se han podido detectar y en parte verificar en el ámbito de este caso, conviene tratar de comprender hasta el fondo sus razones y motivaciones. En Italia, como en muchos otros países, existen nume-